

Tres etnografías de procesos políticos y un experimento de encuentro conceptual

Dra. María Inés Fernández Álvarez, CONICET, ICA-FFyL, UBA, mifernandezalvarez@gmail.com

Dra. Julieta Quirós, CONICET, IDACOR, juquiros@hotmail.com,

Dra. Julieta Gaztañaga, CONICET, ICA-FFyL y FSOC, UBA, satarsa@gmail.com

Introducción

En este trabajo llevamos cabo un ejercicio experimental: a través de una comparación etnográfica heterodoxa, buscamos desplegar una serie de conversaciones que venimos desarrollando en distintas instancias de encuentro como antropólogas avocadas al estudio de fenómenos políticos en distintos escenarios de nuestra sociedad. Desde distintas trayectorias, inclinaciones teóricas, discusiones analíticas y universos de investigación, estas conversaciones nos han llevado a la formulación de una preocupación común: la de cómo favorecer y potenciar prácticas de conocimiento que nos permitan interrogar y abrigar analíticamente la política en tanto *proceso vivo*. Creemos importante conservar la redundancia que guarda esta expresión –“proceso vivo”–, pues ella apunta precisamente a explicitar y enfatizar el doble plano epistemológico con que buscamos valernos de la noción de *proceso*: a) como concepto, es decir, como modo de entender y abordar los fenómenos políticos que estudiamos en un esfuerzo orientado a la conceptualización de la política b) como práctica de conocimiento comparativa indisolublemente ligada al método etnográfico: hacer “observación -participante” no es otra cosa que generar las condiciones y posibilidades relacionales que nos permitan a nosotros investigadores inmiscuirnos y participar experiencialmente de fragmentos de *vida social* (Goldman 2006, Ingold 2008, Wacquant 2005).

Se verá, en este sentido, que nuestras preocupaciones quizás tengan poco de novedoso: en primer lugar, al entender la política como proceso no hacemos más que rescatar la vocación antropológica por el análisis holista y relacional; si a la antropología le ha costado sustantivar la política como “esfera”, “sistema” o “campo” es precisamente porque en términos fenoménicos –etnográficamente asibles, por ejemplo– ella se despliega de forma entramada, o si se quiere –para usar una noción que las corrientes antropológicas de los años 50 lograron arraigar en la teoría antropológica y que aquí proponemos recuperar (véase especialmente Gluckman 1955a, 1955b; Turner 1957, 1968; Leach 1976)–, indisolublemente imbricada en el proceso social; en segundo lugar, una de las principales preguntas que estos y otros analistas buscaban habilitar de la mano de la noción de proceso también forma parte de nuestros desafíos: la de cómo abrigar analíticamente la *dinámica* de las formas políticas a la que los fenómenos que etnografiamos nos confrontan de modo permanente.

Sin embargo, como señala Mariza Peirano (1995), la historia de los conceptos y debates disciplinares no es exactamente circular, sino más bien “espiralada”: vive de repeticiones pero ellas nunca son iguales; el retorno a una idea o discusión siempre tiene algún trazo propio o peculiar que le imprime el momento desde el cual se retorna; dicho de otro modo: vivimos pasando por los mismos lugares pero no de la misma manera. Y en este sentido, debemos precisar aquí una inquietud específica que ha estado en el centro de las conversaciones que dan origen a estas páginas, y sobre la cual se erige la propia preocupación por desplegar una mirada analítica que atienda especialmente a restituir el carácter *vivo* y *dinámico* de los procesos políticos; esa inquietud podría expresarse en estos términos: ¿Cómo asir analíticamente el carácter a la vez direccionado e indeterminado, proyectado y emergente, en que los procesos políticos –su dinámica– discurren? ¿Cómo restituir sentido a lo que se presenta como errático y reversible pero que hace a las acciones y efectos políticos que estudiamos? ¿Qué herramientas y disposiciones (etnográficas, analíticas, conceptuales) deberíamos potenciar para reponer eso que (socialmente) acontece?

¿Qué queremos decir con esto? Quienes estudiamos fenómenos políticos contemporáneos desde una perspectiva antropológica solemos tener que lidiar con los inconvenientes que surgen de los supuestos arraigados –tanto descriptivos como normativos– sobre la racionalidad que signa o debería signar la “acción política” y el “campo político”. Creemos que en las últimas dos décadas la antropología –deberíamos decir, las antropologías– se encuentra frente a un desplazamiento sugestivo: si históricamente se vio en la tarea de (de)mostrar la “racionalidad” de otros –allí donde a los ojos de su audiencia no la había–, ahora parece estar transitando la dirección opuesta: los antropólogos nos encontramos buscando caminos metodológicos y conceptuales que nos permitan incorporar al análisis el hecho irrefutable de que, al fin de cuentas, las prácticas y relaciones políticas “modernas” son algo menos racionales de lo que pretendíamos, o de lo que ellas mismas pretenden o proclaman de sí; y que, en definitiva, “nuestra” política está hecha tanto de estrategias, cálculos, decisiones y acciones instrumentalmente orientadas, como de disposiciones, condiciones, afectos y efectos que escapan a una lógica y racionalidad instrumentales. Valiéndonos de los términos de Norbert Elias (1989), podríamos decir que el proceso político, en tanto proceso social, también es “ciego”, es decir: su desarrollo está tan configurado y dirigido por actores concretos que, desde distintas posiciones de poder, imaginan y ponen en marcha proyectos políticos (i.e: relaciones y formas de relación política, repertorios de acción política, organizaciones, obras, programas de gobierno, legislaciones), como por los efectos

no concebidos ni previstos del entrelazamiento indeterminado de sus acciones –acciones que guardan, como los actores mismos, relaciones “in-intencionalmente” interdependientes.

Nuestro interés por el “proceso vivo” es parte de una búsqueda de caminos para asir y sustanciar estas dos dimensiones concomitantes –de proyección e indeterminación– que configuran la dinámica –modos de funcionamiento, movimiento y versatilidad– de los procesos políticos. En esta instancia proponemos un camino específico, valiéndonos de un uso heurístico de la noción de “creatividad social” (Graeber 2005, 2012) para el análisis de procesos políticos, y proponiendo un desplazamiento: movernos de la pregunta por la racionalidad a la pregunta por la creatividad. ¿A qué nos referimos con eso? A explorar la dinámica de los procesos políticos en términos de sus condiciones, implicancias y posibilidades *generativas* o de *creatividad*, es decir, de los modos en que comportan (produciendo, promoviendo, disolviendo, transformando) la creación de prácticas y disposiciones sociales, repertorios relacionales, objetos materiales e inmateriales, significados, valores, arreglos institucionales, formas estatales. Dicho de otro modo: ¿qué y cómo los actores y agencias involucrados crean, producen y transforman las realidades y posibilidades (de relaciones, prácticas, disposiciones, significados, normas, valores, arreglos institucionales) en las que operan? En lo que sigue proponemos desplegar parte de estos interrogantes en clave etnográfico-comparativa, poniendo en diálogo tres fragmentos analíticos provenientes de nuestros campos de investigación.

De viñetas y procesos: comparar qué y cómo

Los tres fragmentos etnográficos que siguen han sido elaborados originariamente por cada una de las autoras bajo las consignas de: a) explorar comparativamente posibilidades de interrogación sobre el *discurrir* de los procesos políticos; b) transitar, desde distintos contextos, el desplazamiento de la pregunta por la racionalidad a la pregunta por la creatividad social. En función de estas pautas, cada una ha elaborado ciertos recortes espacios-temporales sobre materiales, sucesos y procesos de sus propias investigaciones; de modo que aquello que proponemos trabajar comparativamente son análisis y no descripciones (Barth 2000; *cf.* Ingold 2014), producidos en el marco de distintas investigaciones y con un *background* de preocupaciones que, si bien están emparentadas por el arco de la antropología política y la etnografía de procesos políticos, atienden a problemáticas empíricas y escenarios muy diversos: la primera viñeta, elaborada por Julieta Gaztañaga, atañe a los procesos de acción y relación entre políticos y empresarios argentinos tratando de hacer *federalismo* desde el interior del país; la segunda y la tercera, elaboradas por Julieta Quirós y María Inés

Fernández Álvarez respectivamente, tienen por protagonistas a trabajadores desocupados y precarizados tratando de producir formas de ocupación y trabajo colectivo en el Buenos Aires y Gran Buenos Aires post-neoliberal. El lector verá que las tres viñetas presentadas a continuación conforman una suerte de hipérbole de la diversidad no solo en términos empíricos sino también narrativos y conceptuales: la continuidad de la sección, por tanto, no surge de la homología ni de la similitud, sino que de una búsqueda comprensiva más amplia, donde cada proceso permita iluminar aspectos del otro.¹

Uno. Hacer federalismo: las “misiones comerciales” y sus (d)efectos invisibles

Dos escenarios conectados por el investigador a la Gluckman, por su presencia en el terreno (en dos eventos o situaciones sociales) y sus intereses de investigación (de qué se trata y cómo funciona el federalismo para los actores comprometidos con la creación de la Región Centro).

El contexto: Mediados de marzo de 2012 en la capital entrerriana, en el recinto de reuniones de un coqueto hotel, cuyas enormes ventanas construyen una especial urbanidad en la que el río Paraná parece abarcarlo todo. Se desarrolla la VIII Reunión Institucional de la Región Centro (RC), el evento anual que reúne a las provincias desde el lanzamiento institucional en 2004. En esta oportunidad, Antonio Bonfatti, el gobernador de Santa Fe, recibía la presidencia pro tempore de manos de su par entrerriano, Sergio Urribarri, quien la había recibido el año anterior desde el mandatario cordobés, José Manuel de la Sota. Las asistencias colmaron las expectativas de los anfitriones locales, quienes habían circulado las invitaciones explicando que en este encuentro, funcionarios de los gobiernos de las provincias miembros y los representantes de los Foros de la Sociedad Civil (empresarios, trabajadores, profesionales y universidades) iban a evaluar el proceso de integración regional y diseñar estrategias para la consolidación de la Región. El título de esta edición del evento era "Infraestructura, recursos hídricos y economía para la integración e internacionalización de la Región Centro", pero los asistentes se empeñaban en llamarlo “la Cumbre de los Gobernadores”. Comenzó con una ceremonia sencilla, cantamos el himno nacional y habló la “segunda plana regional” (Ministros) y como anfitriona a la intendente de Paraná, quienes dieron formalmente la bienvenida e inauguraron la jornada deseando un buen y fructífero trabajo. Las autoridades se retiraron raudamente; el grueso de las personas permaneció durante toda la tarde para trabajar en las propuestas de los Foros que se iban a elevar por escrito al día siguiente. Los empresarios se reunieron en el salón de la apertura, compartido por rectores y decanos que se molestaban por el bullicio (shhh); delegados sindicales y de colegios profesionales fueron a otras salas del hotel; los parlamentarios aparte, la suya era una reunión legislativa.

¹ Un tipo de comparación afín a aquello Sian Lazar (2012) propone como “comparación disyuntiva”, orientada a producir conocimiento desde y entre aquello que parece incommensurablemente distinto (cf Strathern 2014)

Escenario 1. Formando un gran círculo se habían sentado pequeños y medianos productores agropecuarios, empresarios industriales, representantes de las bolsas de comercio, de cámaras empresariales, y federaciones y cooperativas agrarias. Los temas del día ya habían sido acordados en una reunión previa: el balance entre el trabajo realizado y las cosas por hacer “como foro y frente al poder político”. Un chacarero levantó la mano y preguntó si no faltaba gente; se presentó con nombre, apellido y provincia (Entre Ríos). La controversia prontamente se hizo visible y tensó el clima que suele estar marcado por la formalidad de un clima afable y diplomático. Faltaban los cordobeses explicó el moderador (un importante funcionario de la bolsa rosarina) “porque están reunidos con las autoridades de su provincia”. El problema, sin embargo, no era la impuntualidad. Mientras que santafesinos y entrerrianos querían discutir y sentar compromisos de reformas tributarias, homologaciones legislativas, debatir esquemas impositivos y presionar a los políticos desde los estudios de cadenas de valor (que venían realizando desde varios años atrás), los de la provincia mediterránea querían más misiones comerciales internacionales, sectoriales y no sectoriales, y comprometer a las autoridades en más misiones a futuro. Todos acordaban en que las misiones les venían bien; la diferencia era que para los cordobeses era la prioridad, mientras que para santafesinos y entrerrianos lo importante era proponer acciones fuertes y no ligadas a sectores específicos de la producción, que consideraban que no beneficia al empresariado en su conjunto. Una discusión no zanjada. El documento, preparado de antemano sólo requirió un par de enmiendas en relación con el tono de las recomendaciones y peticiones, que giraron en torno de: infraestructura, armonización tributaria, y la continuación de los estudios de cadenas de valor y de las misiones comerciales. ¿Se aprueba? Por unanimidad. La discusión acabó allí y en cuestión de segundos se fueron formando grupitos de conversación donde el tema parecía ser quiénes iban a ir a la cena con los gobernadores.

Al día siguiente, las conclusiones escritas del foro de empresarios revelaron que las misiones comerciales no sólo estaban en el centro –sin rastros aparentes de las diferencias evidenciadas el día previo– sino que el sector político lo ratificó abiertamente en la ceremonia de cierre. Entre las acciones “importantes” del segundo día estaba la firma de “convenios para brindar asistencia técnica y financiera” entre los tres mandatarios provinciales (que viajaron a Paraná ese día) y el Consejo Federal de Inversiones (CFI): para la formulación de programas regionales sobre ejes temáticos que iban a definir los Foros, y para la inserción de la Región en los mercados externos emergentes mediante misiones institucionales y comerciales. Las ayudas federales del organismo creado por las provincias hace más de medio siglo son fundamentales en tanto el arreglo regional no posee presupuesto propio –impedida constitucionalmente ya que sería constituir un nuevo nivel de gobierno–. El secretario general del CFI sinceró esta realidad cuando le tocó exponer: Hoy estamos firmando un nuevo convenio aportando 8 millones de pesos; aquí

los gobernadores me han demandado un poquito más ¿por qué no puede llegar a 10? vamos a hacer el esfuerzo para que eso sea posible. De la Sota le susurró algo al oído, que se perdió entre los aplausos; ambos sonrieron. Finalizadas las exposiciones de las máximas figuras políticas, mediadas por el intercambio ceremonial de presentes y las chicanas futboleras retomadas en la conferencia de prensa, el poder se retiró con la numinosidad de los flashes, al igual que los coches negros y los guardaespaldas. Con los gobernadores se fueron la mayoría de los asesores, ministros, secretarios y subsecretarios, legisladores y funcionarios municipales y las autoridades del CFI. Los pocos funcionarios que se quedaron al catering succulento de porciones gourmet debieron arreglárselas, como todos los demás, para no dar rienda suelta a la voracidad y hablar con la boca llena (con amigos, conocidos y recién presentados) y para hacer equilibrio con las copas y atender los celulares que no dejaron de sonar en toda la jornada. Para muchos era el fin del evento, hasta el año próximo que tocaría en Santa Fe; para otros, en cambio, continuaba en un espacio físico y de una manera diferentes: los empresarios se reunieron de manera privada con los gobernadores, a quienes entregaron en mano el documento del Foro “para que pudieran abordarlo más profundamente”; también les solicitaron una mayor articulación entre organismos públicos y el Foro, reuniones periódicas y una agenda conjunta.

Escenario2. La situación me parecía desconcertante ¿qué hacer con el debate en torno de la importancia diferencial atribuida en el seno del Foro a las misiones al exterior? De hecho, los propios empresarios reconocían como acción sectorial que los gobiernos hayan tenido una política sostenida de “misiones comerciales e institucionales” al exterior desde que lanzaron la RC. ²Son el orgullo de los promotores de la integración regional y su ejemplo paradigmático de “acciones concretas”. Al día siguiente tenía pautada una entrevista a uno de los funcionarios entrerrianos encargados del tema; decididamente iba a preguntar por lo que parecía una contradicción: ¿cómo es que algunos empresarios no quieren misiones comerciales? En su oficina moderna y pulcra el joven secretario ofició de bróker y hermeneuta entre la política y la economía, y se adelantó a mi pregunta. Por un lado, citó lo que le dijo un empresario “ir con el Estado a una misión comercial es entrar por la puerta, y por la puerta grande. Ir solo es entrar por la ventana”. ¿Por qué? El empresario que viaja solo, agarra un bolsito y se va al destino, tiene que tocar el timbre: ¿che, está el gerente de compras? Es distinto. Por otro lado, me explicó en qué consiste la tarea del gobierno en ellas. No somos una embajada, una cancillería paralela; somos una entidad provincial que se apoya en los organismos nacionales, que tiene autonomía, que tenemos libertad para tomar las decisiones que queramos, ir al lugar que queramos. Pese a su

² Del 8 al 18 de abril de 2005, China fue el primer destino al que viajaron los entonces gobernadores (Busti, De la Sota y Obeid) con 60 empresas y rectores de universidades (fue la primera misión luego de la firma de acuerdos bilaterales entre ambos países en 2004). Los destinos subsiguientes han sido: Centroamérica (20 a 30 de julio 2005); Sudáfrica (4 al 10 abril 2006); Rusia (26/08/ al 03/09/2006); India (4 al 13 mayo 2007); Malasia y Singapur (10 al 17 noviembre 2009), Hong Kong y el sudeste asiático (7 al 17 de octubre 2010), Emiratos Árabes (27/02 a 03/03 2011), etc.

juventud ya había organizado varias misiones; y me enseñó directo de su computadora las extensas bases de datos que iban confeccionando surgidas de una intensa labor de contactar y reunirse con cada interesado, y de responder positiva o negativamente a sus demandas. Las misiones son oportunidades para estar cerca de los políticos. De hecho, la mayoría de las compañías no vende nada ni firma nada en los viajes, y lo mismo pasa con las misiones inversas que han visitado las provincias. Su conclusión: en ese sentido el federalismo funciona; a nosotros nos funciona. Y ¿en qué sentidos entonces no funciona? Es que la Región Centro es un proyecto vacilante. Mi conclusión: las misiones comerciales regionales, son ante todo situaciones de valor local; el federalismo también.

Epilogo. Lloviznaba. Fui hacia un café cerca de la plaza de la gobernación pensando *Once in the Kula, always in the Kula*, el principio que inmortalizó Malinowski para referir al honor comercial y las obligaciones que unen de manera permanente a los asociados. Algo de ese esquema basado en la reciprocidad parecía resonar en la Región Centro pero más bien para describir la dimensión personal e institucional de la política. De hecho, el evento en Paraná fue la última reunión institucional a la que asistieron los tres gobernadores, hoy abiertamente enfrentados por la contienda electoral. Sin poner en jaque la continuidad del proceso, siguen apoyándolo pero envían a vicegobernadores y ministros en su representación. La valoración de la cercanía también parece jugarse en las misiones comerciales: como con los eventos de integración, las provincias no han vuelto a viajar juntas al exterior; continúan las misiones y su esquema regional, pero cada provincia y su empresariado va por su cuenta.

DOS. Otra vez un comedor del GBA: lo que pasa mientras *no pasa nada*

Son muchos los momentos en que el trabajo de campo nos enfrenta a la fantasía de que “lo importante” está sucediendo en otro lado y no exactamente ahí donde estamos. Durante mi trabajo de campo entre organizaciones populares del Gran Buenos Aires, una sensación de ese tipo me perturbó a lo largo de los meses en que me dediqué a acompañar la actividad de Don Dib, quien en ese entonces –corría el año 2006- se desempeñaba como *delegado* de una sede barrial de uno de los movimientos de desocupados más importantes del distrito de Florencio Varela.

“Otro día en sede Las Rosas, no sé si estoy haciendo bien, capaz tendría que circular por otros barrios”, asenté en mis registros de campo a dos meses de iniciadas mis visitas al comedor que coordinaba Don Dib. ¿Qué me preocupaba? La secuencia de rutinas del comedor me había confrontado con esa cadencia del tiempo ordinario en la que sentimos que no pasa nada. Días, semanas, y más semanas de devenir monocorde transformaban los sucesos vecinos que llegaban a mis oídas (en la sede de otro barrio, en el comedor de otra organización, en la casa de la puntera del PJ, en la toma de terrenos del asentamiento de al lado) en lugares efervescentes donde estaban

“pasando cosas” –la apreciación era doblemente inconfesable: además de ilusoria (infantil tal vez) era arbitraria: al fin y al cabo, la propia definición “pasar/no pasar cosas” no hablaba más que de una idea preconcebida (vaga e implícita, pero existente e insistente) sobre qué sería o en qué consistiría la verdadera “política” de los barrios populares del GBA.

Sin embargo, terminé haciendo etnografía en la sede de Don Dib por mucho más tiempo del que hubiera previsto inicialmente; no fue “decisión metodológica” ni “estrategia etnográfica”; simplemente ocurrió que las expectativas que Dib tenía en relación a mi trabajo como antropóloga/documentadora/escritora de “la vida cotidiana” del movimiento, hicieron que me sintiera comprometida a quedarme –y Dib en esto no daba vueltas: como a los compañeros de la sede, a mí también me pasaba asistencia, me pedía explicaciones ante una falta, y si lo agarraba en un mal día se ocupaba de hacerme saber su enojo.

Afortunadamente Dib era hombre de pocas palabras, de modo que durante los meses siguientes (llevaba dos, se sumarían tres, lo que quiere decir que fueron cinco en total) me dediqué, básicamente, a hacer (con Dib) buena parte de lo que él hacía como coordinador barrial junto a otros compañeros del movimiento: abrir la sede, poner la bandera, sacar la pizarra, juntar y hachar leña con la cuadrilla del turno mañana, prender el fogón, barrer el patio, montar los tablonés, cargar las ollas; asistir al grupo del comedor en la preparación del almuerzo, asistir al grupo de la copa de leche en la preparación del mate cocido y las tortillas, pasar lista de asistencia, servir, lavar, guardar; participar de la reunión semanal de delegados en la sede central, presidir la reunión semanal en la sede barrial; llevar y traer documentación, listas y registros de los compañeros empadronados en programas sociales, llevar y traer documentación, listas y registros de los compañeros aspirantes a programas sociales; participar de las movilizaciones, organizar la concentración de la sede para movilizar; realizar el retiro mensual de mercadería en la sede central, contabilizar, registrar faltantes, cargar, transportar, descargar, apilar, volver a la sede central la semana siguiente a retirar los faltantes, volver a la sede del barrio, limpiar el fogón, guardar la pizarra, bajar la bandera. Y así.

Y así mismo. Porque en este caso no llega la parte en la que digo “Hasta que un día...” e irrumpe el suceso inesperado, el acontecimiento extraordinario que lo ordinario vendría a permitirnos “comprender”, el hecho disonante que vendría a “resignificar” –“dar sentido” a– a ese tiempo invertido en acompañar la monotonía del cotidiano. No, nada de eso: acá lo extraordinario no llega, nunca llegó; simplemente un día, sin penas ni gloria, le avisé a Don Dib que dejaría de ir a la sede ya que mi investigación pasaría a acompañar el trabajo político de los peronistas del barrio; anuncio que para Dib no representó resquemor alguno: su afán de protagonismo en mi investigación se circunscribía al movimiento político del que él formaba parte; lo que yo hiciera fuera de esas fronteras parecía no interesarle, al menos no personalmente.

Un año después mi trabajo de campo concluía y me encontraba frente a la PC, lista para empezar a analizar mi material. Contaba para ese entonces con distintos contextos y grupos de interlocutores principales, entre ellos, las rutinas, interacciones y relaciones del comedor del barrio Las Rosas coordinado por Don Dib. El material escrito guardaba fidelidad a la repetición que había experimentado en el campo; sin mucho ánimo fui probando distintos modos de organizarlo, clasificarlo, descomponerlo y componerlo en nuevos fragmentos; en ese proceso, que por mucho tiempo pareció inconducente, empecé a reparar en ciertas variaciones de intención e intensidad de los procesos de acción e interacción registrados: ahí estaban el enojo de Don Dib ante la inasistencia de los compañeros a alguna actividad de la sede; su indiferencia ante la inasistencia de otros, o de los mismos pero a otra actividad; su entusiasmo y expectativas en vísperas a una marcha; su desacuerdo y bronca ante una intervención desatinada en una asamblea; el tedio en alguna reunión; la preocupación ante un faltante de mercadería; la satisfacción por el compañero que se había ido y volvió; el sentimiento de obligación de “cubrir” a aquel que no estaba yendo a trabajar a la sede porque “realmente no podía”.

En definitiva, estas eran las cosas que *habían pasado* durante los meses que acompañé el trabajo de Dib y sus compañeros; la relación de conocimiento interpersonal que había construido con Dib me permitió dar un lugar descriptivo al *cómo* de esas cosas: sin proponérmelo me encontré escribiendo –y descubriendo– qué era *importante* para Dib, qué le importaba, cómo se veía afectado cuando el resto (sus dirigentes, sus compañeros, su familia) restaba importancia a lo que a él le importaba. Las tareas diarias implicadas en su rol de coordinador, que Dib llevaba adelante con actitud de ceremonia, eran parte de esas cosas.

De un modo inesperado, esos pequeños fragmentos de experiencia –si se quiere, de “significado”, pues lo que estaba en juego en esas experiencias era lo que el movimiento significaba para Dib– se transformaron en la llave para interrogar y leer todo el resto de mi material etnográfico. Por un lado, a través de ellas empecé a tomar dimensión de la “productividad política” de esa sucesión (*procesos*) de actividades no necesariamente reconocidas (ni por mis interlocutores, ni por mí, ni por mi audiencia) como “políticas”. En y a través de ese *hacer* cotidiano, Dib y sus compañeros *estaban* en la organización, lo que quiere decir también que *eran* la organización: en su *hacer* la *hacían*, a ella y a sus (distintos, heterogéneos y dinámicos) sentidos y sentimientos de pertenencia. Por otro lado, la cotidiana de la sede de Dib me permitió reparar en los movimientos que signaban esas cosas de todos los días: encuentros y desencuentros entre personas, expectativas en tensión, gente que iba a la sede desde hacía años, gente que dejaba de ir, gente nueva que empezaba a ir, gente que cambiaba de tarea o de rol, gente que volvía después de tiempo de haberse ido; era claro que cada persona iba y venía en función de búsquedas, intereses, deseos, expectativas, motivaciones propias, pero igualmente claro era que

las disposiciones que guiaban el flujo de estas aproximaciones y distanciamientos, involucramientos y des-involucramientos, no estaban “dadas” ni dependían exclusivamente de “cada quien”: más bien formaban parte de lo que se *cocinaba* en ese espacio, es decir, de lo que las personas (co)producían y transformaban *haciendo* todos los días.

TRES. Las contingencias creativas de “hacer proyectos”.

Cuando la Secretaria de Ambiente de la Nación convocó a Reciclando Sueños (en adelante RECISU), una cooperativa de cartoneros” dedicada al reciclado de residuos urbanos ubicada en uno de los barrios más pobres del conurbano bonaerense a participar de los festejos del “Día del Ambiente” –allá por abril de 2007- Marcelo –su dirigente- supo que había logrado convertir el programa de recolección “puerta a puerta” en una “experiencia modelo”. Que la iniciativa sostenida desde hacía más de un año “a pulmón” luego de conseguir un crédito del Ministerio de la Producción de la Provincia de Buenos Aires con el que habían logrado comprar el viejo camión que seguía en pie gracias a su habilidad con “los fierros” –aunque no hubiera semana que no los dejara en la calle- alcanzaba merecido reconocimiento, al menos social y políticamente. Y que esta era una oportunidad para demandar que ese trabajo se convierta en un “servicio público” del Municipio. Es decir, para lograr que el Programa de recolección diferenciada que como experiencia piloto se llevaba adelante en la localidad de Aldo Bonzi –un barrio de clase media baja cercano a donde estaban ubicados los galpones de la cooperativa- fuera replicado en otras localidades del Partido de La Matanza y se convirtiera en una actividad remunerada por el Estado como lo es aquella realizada por las empresas de privadas. Esto no era un camino nada sencillo, como lo sabía bien Marcelo, porque requería disputar la posibilidad de presentarse a las licitaciones públicas y competir con esas empresas de igual a igual. Vale la pena aclarar que si bien el gobierno local brindaba aval al programa y capitalizaba su puesta en marcha difundiendo la recolección diferenciada como un servicio municipal, no aportaba recursos financieros de modo que la cooperativa debía garantizar el ingreso de sus integrantes a partir de la venta de los materiales reciclados y procesados en los galpones. Así, para los “vecinos” de La Matanza, en particular los vecinos de Aldo Bonzi, la recolección diferenciada era un programa del Municipio que había logrado reducir el 13% de los residuos en dicha localidad como lo evidenciaba la nota que recibían en sus casas junto con el pago de los impuestos mientras que RECISU hacía malabares cotidianos para sostener esa experiencia piloto.

Los festejos del “Día del Ambiente” se realizarían en tres Municipios ubicados en la zona de la Cuenca Matanza-Riachuelo: Avellaneda, La Matanza y Marcos Paz. Formaban parte de las actividades que impulsaba este organismo para “acercar a las familias de los municipios a la temática ambiental”, según afirmaban técnicos y funcionarios, entre los cuales la cuestión de los

residuos sólidos urbanos era un eje prioritario. Para ello, la propuesta consistía en replicar en las plazas públicas de cada localidad un conjunto de actividades variadas que incluían una obra de teatro la historia de “las 3Rs”, una muestra de obras plásticas producidas con materiales reciclados, un concierto interpretado por la banda musical “papelnonos” integrado por personas mayores que producían sus instrumentos con papel reciclado. A Reciclando Sueños le tocaba montar un stand donde presentara el programa como un ejemplo de política a seguir en materia de residuos sólidos urbanos. La Secretaria garantizaría los traslados y materiales para el armado del stand.

En las reuniones previas a las jornadas de las que participamos convocados por Marcelo como parte del “equipo técnico” de la cooperativa elaboramos una contrapropuesta que fue rápidamente aceptada por los funcionarios, aunque no sin previas negociaciones. La propuesta consistía en “escenificar” el “circuito del reciclado” desarrollado por RECISU montando para ello seis “estaciones” dentro del espacio de la plaza de cada una de las localidades visitadas. Cada estación representaría uno de los momentos más significativos del trabajo que llevaba adelante la cooperativa, incluyendo tanto las realizadas en los galpones como aquellas que se desarrollaban en Aldo Bonzi. Para eso y a pedido de la Secretaria, elaboramos con Marcelo un documento en el que exponíamos la idea explicando que esta contrapropuesta buscaba que cada uno de los que en aquel momento integraba RECISU pudiera presentar su trabajo y exponer su conocimiento sobre esa labor. En las reuniones siguientes negociamos con éxito incluir en el presupuesto de las Jornadas del ambiente un pago por el trabajo de esos días realizaría RECISU. Así, armar las estaciones era una oportunidad para fortalecer el proceso de demanda por el reconocimiento del programa como servicio público. “Que desde el Estado apoyen esta experiencia, pero que la apoyen realmente, que empiecen a pagar por lo que hacemos”, sostenía Marcelo. En esta línea, la participación en el Día del ambiente era en sí misma una “conquista”. A diferencia de lo que habitualmente ocurría en estas instancias donde se invitaba a las cooperativas u organizaciones a contar su experiencia, en este caso la participación de RECISU en el día del ambiente contaba no sólo con fondos para folletería, transporte y el armado de las estaciones sino que también un monto destinado específicamente a remunerar el trabajo de sus integrantes en las jornadas como un “día de trabajo”. Es decir, la cooperativa había logrado ser “contratada” para participar en esos actos al igual que el grupo de teatro o de payasos que desarrollaran actividades “recreativas y de divulgación”.

En vistas a la participación de RECISU en las semanas previas a las Jornadas llevamos adelante un intenso trabajo de preparación de “las estaciones” en el espacio del taller de reflexión colectiva que desarrollábamos en la cooperativa. Uno de los principales ejes de debate giró en torno al sentido que se otorga a ese día de trabajo y la manera en que este ingreso debía ser distribuido

reforzando la importancia de ser reconocidos y sobre todo remunerados como “promotores ambientales”. Desde esta perspectiva, la presencia en el acto, el armado “del circuito” y el desarrollo de las estaciones era parte de esta tarea al igual que la realización cotidiana de los recorridos o la clasificación y el procesamiento de los materiales. Una tarea que suponía formación y exigía un conocimiento específico que debía ser remunerado.

El trabajo previo dio excelentes resultados. Reciclando Sueños fue “la vedette” de las celebraciones generando particular atracción entre los participantes, “gente que no conocían” y “hacía cola para escucharlos y sacarse fotos con ellos”, y relataban emocionados en el intercambio que mantuvieron con los vecinos durante los recorridos por Aldo Bonzi que los felicitaban porque los habían visto “en la tele” cuando las celebraciones fueron reproducidas en el canal público.

Como resultado del éxito de esa actividad los funcionarios de la Secretaria nos propusieron participar en una convocatoria de proyectos que financiaba el organismo en el marco de las actividades de la ACUMAR denominada “Programa de Fortalecimiento Social Ambiental”. Esta línea brindaba asistencia técnica y financiera a proyectos con “metodologías participativas” sobre un conjunto de problemáticas identificadas como prioritarias entre las que se encontraba la recuperación de residuos. Recuperando el potencial de formación que se había logrado en el armado de la actividad para las jornadas, acordamos con la Secretaria formular una propuesta que tenía como objetivo “capacitar” a otras cooperativas y organizaciones “cartoneras” en la labor que desarrollaba RECISU. Desde nuestra mirada era un desafío muy movilizante en tanto no solo reconocía –también económicamente- la labor de la cooperativa en términos de generar una propuesta sustentable de cuidado del ambiente sino principalmente en tanto “expertos” valorizando el conocimiento que habían adquirido y su capacidad para formar a otros. Es decir, se trataba de otorgar valor a ese conocimiento como un saber experto de modo tal que las “capacitaciones” serían impartidas por quienes desarrollaban esa tarea replicando el trabajo que habíamos hecho a otros espacios pero ahora el “equipo técnico” eran compartido con ellos.

A diferencia del trabajo para las “estaciones”, la elaboración del “proyecto” que se prolongó durante más de un año con numerosas revisiones que versaron principalmente en cuestiones burocráticas estuvo concentrando en nuestras manos. La energía que en el caso previo había estado puesta en el trabajo en los talleres pasó a concentrarse en el armado de los formularios. Sortear impedimentos administrativas y técnicas como la entidad que podía ser receptora de los fondos, quienes y como podían recibirlos y que formato tenía que tomar el proyecto fueron haciendo de ese recorrido los puntos nodales de la elaboración de la propuesta. A pesar de esa energía el programa nunca llegó a concretarse, de manera que dos años después teníamos la sensación de haber derrochado invalorables horas –siempre escasas!- de nuestro trabajo y el de quienes llevaban adelante la cooperativa. El PROFORSA pasó así a engrosar la

lista de “proyectos inconclusos” e incluso “truncos”. De las innumerables reuniones, instancias de negociación y reelaboraciones de propuestas, su único sentido parecía seguir formando parte de esos “modelos a seguir” y las cooperativas que integraban la lista de “experiencias exitosas”; o al menos de las que tenían existencia.

Cinco años después, convocada por el Municipio de Lanús, RECISU –incluyendo su “equipo técnico”- fue contratada para hacer la capacitación de cooperativas locales que llevarían adelante un Programa de recolección diferencia en el distrito. El programa piloto era así replicado en otra localidad del conurbano y la propuesta del PROFORSA cobraba vida en la práctica remunerando como “expertos” a investigadores del CONICET y dirigentes cartoneros.

Pensando comparativamente: la política en proceso

Al poner en común estas viñetas, surgieron distintas dimensiones comparativas; en esta instancia queremos detenernos en tres de ellas:

a. Lo que se crea haciendo

Cada viñeta está colocando, de manera propia, la pregunta por distintos aspectos–condiciones, efectos y posibilidades– generativos de ciertos procesos de acción social. Volviendo a las conversaciones que planteamos al inicio de estas páginas, podemos decir que interrogarse por esos aspectos quiere decir explorar *simétricamente* el poder creador de las dimensiones concomitantes (de proyección e indeterminación) que signan la dinámica de los procesos políticos; es decir: *¿Qué y cómo es aquello que se crea en y por intermedio de la acción imaginada y proyectada –es decir, la acción socialmente concebida como deliberadamente “creadora” y/o “creativa”?* *¿Qué y cómo es aquello que se crea en y por intermedio de las condiciones y efectos emergentes y contingentes de la acción y su discurrir?*

En la primera viñeta el proceso etnográfico está revelando *qué* es aquello que producen socialmente los protagonistas de la Región Centro en y por intermedio de los encuentros y las “misiones comerciales” al exterior. *¿Qué* buscan esas misiones? Tejer lazos comerciales con el afuera. Esa es, si queremos, su intencionalidad declarada, proyectada, imaginada. Ocurre que en su transcurrir ocurren más y otras cosas: las misiones producen relaciones entre políticos y empresarios argentinos. Se viaja *afuera* del país para estar *cerca*, para hacer relaciones *adentro*. Viajar afuera es una forma de crear relaciones adentro. Lo que equivale a decir que producen una porción de la trama relacional que hace posible la producción de la Región Centro como objeto y sujeto político. El “trabajo político” que dotó de institucionalidad a la RC, además de consolidar un nuevo espacio de relacionamiento político

entre los gobiernos provinciales, significó renovar la vitalidad de una de las metáforas conceptuales fundantes de la Argentina: el federalismo (Gaztañaga 2010). De hecho, la “creación de un federalismo verdadero” significa en términos de acciones y lógicas de acción, atribuir importancia “regional” a ciertas áreas de proyectos políticos que componen la agenda de la RC: infraestructura, desarrollo productivo y comercio exterior. En este contexto, la lectura diferencial acerca de la importancia de las misiones comerciales expresa cómo los políticos tercián con los empresarios definiciones sobre la regionalización y sus connotaciones deseables. Sin embargo mientras que en términos generales puede ser leída como una pulseada a favor de los segundos (que vendría a sumarse a otras ‘fallas’ de la integración: no todos los foros tienen el mismo peso, los sectores políticos no tienen atribuciones equivalentes, la gente no se identifica con la región, etc.), desde la trama relacional donde el federalismo “funciona” y la Región centro es “un proyecto vacilante”, su debilidad es también su fuerza motora; y esta es siempre la fuerza del proceso político local. Aquello que hace de la RC un proceso de integración es la construcción del federalismo como mecanismo de articulación simbólica entre las voluntades políticas y las instituciones que las misiones comerciales vienen a expresar y reforzar: no son oportunidades meramente de promoción de oferta exportable, sino ante eventos locales de integración. De aquí que la atomización creciente que viene sufriendo la RC no solo repercute en la importancia diferencial atribuida a las misiones sino que esas discusiones son las que producen una dinámica cotidiana y personalizada de proyecto en marcha; un proyecto abierto e indeterminado que, como el federalismo, funciona, les funciona.

En la segunda viñeta nos encontramos con el carácter políticamente *generativo* de prácticas que, en el propio contexto etnográfico son consideradas “no políticas”, inclusive “pre-políticas”. Para el arco de movimientos de desocupados opositores al kirchnerismo y a los peronismos locales del GBA, el conjunto de tareas y rutinas implicadas en el funcionamiento de los comedores comunitarios como el que coordinaba Dib formaba parte de aquello que, por un lado, era celebrado como “conquistas” de las organizaciones –recursos y programas gubernamentales a ser auto-gestionados tras procesos de lucha política– y por otro lado, menospreciado como “cuestiones reivindicativas” a ser superadas por verdaderas “cuestiones” y “luchas políticas” que las organizaciones aun debían darse. Los dirigentes del Movimiento Teresa Rodríguez de Florencio Varela por ejemplo –organización a la que Don Dib orgullosamente pertenecía– vivían preocupados por lo que en esta ocasión, a la luz de las inquietudes que nos convocan en estas páginas, bien podríamos llamar “cómo crear movimiento”: es decir, cómo generar relaciones, pertenencia y compromiso genuinamente

político –ideológico por ejemplo-, “más allá” de las necesidades y urgencias de subsistencia, que eran parte de las fuerzas y expectativas que inicialmente aproximaban a la mayoría de los compañeros a la organización. Los comedores y los programas sociales gestionados por la organización pertenecían a ese universo de “más acá” y los dirigentes querían subir un peldaño más, ir un poco “más allá”. Y así, toda una serie de prácticas –reuniones de formación, asambleas, cursos, reglas de convivencia, sistemas de derecho y merecimiento–se creaban y transformaban en esa dirección. Bien: ¿Qué nos reveló la etnografía del cotidiano en la sede de Don Dib? La relevancia de lo aparentemente irrelevante: el movimiento y el lazo político también se creaban en aquellos procesos de acción y relación no pensados ni planificados “para” crear movimiento ni lazo político. Ese flujo de idas y venidas, eso que pasaba sin que pasara nada –y esta apreciación era compartida por parte de los dirigentes, por la etnógrafa y parte de su audiencia, y no así por Dib, para quien el comedor era su vida–, no era otra cosa que el tejido de la trama tejiéndose: una poderosa *energía social* a través de la cual la organización se producía como sujeto político y Dib –autoproclamado, también orgullosamente, “peronista de Perón y de Duhalde”– como militante de una organización de izquierda. Como etnógrafa diría que las vivencias de Dib –lo que el comedor y el movimiento significaban para él– me enseñó no a “ver las cosas de otra manera” sino a “ver cosas” donde no veía nada.

La tercer viñeta nos confronta con dos temporalidades concomitantes: la del “proyecto” que se produce con vistas a alcanzar determinado resultado –las estaciones para el día del Ambiente, la elaboración del PROFORSA para capacitar a otras cooperativas–, y la de las contingencias creativas del propio proceso de “hacer proyectos”. Visto desde esta óptica más que un proyecto que se acumula a la lista de propuestas trunca el PROFORSA se nos presenta como una instancia para ensayar la posibilidad de convertir a los “cartoneros” en “expertos”, para proyectarse como capacitadores otorgando valor al conocimiento adquirido con la recolección diferenciada. Nuevamente: en el “hacer proyectos” (que se nos presentan como aparentemente trancos) se tejen tramas políticas que crean condiciones de resistencia y transformación de las relaciones de fuerza –por ejemplo pensar procesualmente la creación de posibilidades para alcanzar el “reconocimiento” como servicio público-. Una vez más este caso nos confronta con la cuestión de lo relevante/irrelevante (a qué damos “relevancia”). El derrotero de RECISU y sus iniciativas ha venido formando parte de un proceso de construcción de demanda por el reconocimiento de su trabajo como “servicio público” desde el que se busca restituir valor (también monetario) a la labor desarrollada por un conjunto de personas para (re)producir su vida incluyendo instancias de capacitación sobre el cuidado del

ambiente. Ese derrotero incluyó innumerables proyectos que parecían nunca concretarse quedando trancos pese a los cuales -o tal vez mas bien valdría la pena sostener gracias a ellos- el reconocimiento del “trabajo cartonero” como “servicio público” logró trascender los límites de esta experiencia para ser una de las principales reivindicaciones del sector siendo incorporada en la elaboración de normativas como el proyecto de ley de “Gestión Social para la Recolección Diferenciada de Residuos Sólidos Urbanos” de la Provincia de Buenos Aires - que declara la actividad como servicio público y estipula que la misma debe estar a cargo de las cooperativas de cartoneros-. Derrotero en el que “hacer proyectos” ha sido parte sustantiva.

b. Lo que se dice haciendo

Las tres viñetas nos están llamando la atención sobre una disposición metodológica particular: para capturar la dinámica de los procesos políticos debemos *resistirnos* enérgicamente a la desafortunada obsesión por las “representaciones” y las “prácticas lingüísticas” que signa la investigación etnográfica contemporánea (Menéndez 2012, Favret-Saada 1990), e interrogar, en su lugar, los procesos de acción e interacción social que acompañamos personalmente cuando estamos en campo. Si se quiere, potenciar la extraordinaria oportunidad que nos ofrece la investigación etnográfica: conocer no tanto a través del “diálogo” con los otros, como de nuestra “experiencia personal” –signada por la comunicación no verbal y no intencional, la percepción, la sensación, el juicio y el afecto– con las experiencias de los otros (Goldman 2006); aprehender el proceso social en su aspecto *vivo* por intermedio de nuestra condición de seres *vivos*; y por tanto, concebir y reconstruir las “perspectivas nativas”(que tanto nos preocupan a los antropólogos) menos como puntos de vista de carácter “intelectual” (forma/s de *pensar, significar o representar* tal o cual cosa) y más como puntos de vista de carácter “vivencial”, es decir, forma/s y posibilidad/es de hacer, producir y crear vida en común (Quirós 2014).

Los fragmentos etnográficos arriba presentados se ocupan de personas *haciendo y viviendo* ciertas cosas, y buscan explorar los modos dichos y no dichos en que esas acciones se producen y los modos dichos y no dichos de lo que producen. En el foro de empresarios y políticos reseñado en la **viñeta 1** hay una acción que dice, que todos saben que dice, y que la etnógrafa repone porque atiende a lo que se dice sin decir. Los cordobeses no fueron; estaban, pero no fueron. ¿Qué significaba ese comportamiento? Había algo en juego que importa a sus protagonistas. Las misiones comerciales son parte de esas cosas. ¿Por qué importan? Por lo que significan. ¿Y qué significan? Antropológicamente hablando “el significado” de las

misiones es menos lo que los actores dicen sobre ellas y más lo que socialmente ellas ponen en juego. Y parte de lo que está en juego es lo que esas prácticas producen, es decir, sus posibilidades *generativas*. Como dijimos: se viaja afuera para producir las relaciones de proximidad que significan el adentro. Así funciona el federalismo. El exégeta pudo poner ese dato crucial en palabras porque es un intérprete y un traductor, y JG tomarlo como significativo –leerlo como crucial- a la luz de una etnografía preocupada por capturar procesos de acción. Así como la Región Centro Región Centro es objeto y sujeto político, el federalismo es trama relacional en acción.

La **viñeta 2** explicita que “afortunadamente Dib era hombre de pocas palabras”, y es momento de decir que esa fortuna es metodológica y analítica: los silencios de Dib permitieron a la etnógrafa poner su atención en lo que Dib ponía su atención: el hacer el funcionar el comedor. Los registros de campo no dejaron otra alternativa que reflexionar sobre “qué pasaba” en esos procesos de acción e interacción protagonizados por Dib y sus compañeros. Fue en ellos que pude percibir que eso que pasaba *desbordaba* las explicaciones “economicistas” y “moralistas” de la participación política que signaban los debates y discusiones legas y académicas sobre politicidad popular. Mientras esas explicaciones eran, en el campo y fuera de él, expresadas y disputadas en palabras (*necesidad* vs. *compromiso*, por ejemplo), el “hacer juntos” (Fernández Alvarez 2015), en el comedor *cocinaba*—y transformaba dinámicamente- condiciones y efectos de involucramiento, distanciamiento, pertenencia que no eran asibles por los términos nativos y sociológicos disponibles: la relación eminentemente afectiva que Dib tenía para con el comedor y el movimiento, por ejemplo, no era en modo alguno puesta en palabras, sino sencillamente dicha-en-acción.

La **viñeta 3** nos habla de un proceso cuya narrativa sería, probablemente, muy diferente a las aristas que despliega en su discurrir. Si como analistas nos atuviéramos a una narrativa secuencial del proceso a través del cual la cooperativa llega a obtener reconocimientos, nos encontraríamos con un relato hilado por los hitos socialmente reconocidos como logros o éxitos. Los propios actores –uno mismo- cuando narra cómo llegó a un lugar, mira los pasos dados, no los no dados, ni los retrocesos, que no ve en modo alguno como pasos. Cuando acompañamos etnográficamente el proceso, en cambio, aparecen todas esas instancias y acciones trucas –los proyectos que fracasaron-; y analíticamente vemos que lejos de ser un “a pesar de” son parte de las condiciones generativas del resultado cinco años más tarde. Perturbar nuestra habitual preocupación lineal de las prácticas y procesos que estudiamos para restituir su carácter errático requiere desplazar el foco en nuestro análisis del resultado al proceso donde lo que cobra centralidad es ese transcurrir mismo. Este

desplazamiento conlleva una advertencia metodológica que se moviliza en la reconstrucción del universo etnográfico analizado: dejarnos guiar por lo que se nos presenta como discontinuo o reversible antes que partir de una lógica secuencial agregativa con un horizonte relativamente prefigurado. Pensar en ese transcurrir dejando entre paréntesis la preocupación por los resultados (definidos como logros que se evalúan en términos de éxito o fracaso) para preguntarnos por lo que se crea como proyecto (colectivamente) cuyo efecto es inesperado.

c. Procesos de acción, procesos de creación de valor

Recapitulando los trazados y recorridos de las tres viñetas desde las dimensiones comparativas señaladas, es posible identificar distintos procesos de creación. En este sentido, una manera de aprehender ese algo que se crea es insertando la “creatividad social” (como un campo de indagación que se distingue de la tradicional “creatividad cultural”) en la relación social entre producción de valor y totalidad en el cual aquel se realiza. En la primera viñeta el federalismo y la regionalización, en la segunda el movimiento y el lazo político y en la tercera el reconocimiento del trabajo como servicio público, son valores que “se realizan” fundamentalmente “en acción” (Graeber 2001). Esta lectura de lo político que se opone a la teleología es afín a nuestra propuesta de tomar al *proceso* como concepto y como práctica de conocimiento, ya que supone que el valor que es más que la ‘valoración’ (Gaztañaga 2014). El valor aquí es lo que resulta de una dinámica social específica: es una representación de una clase de objetos (existente) y un objetivo (constituyente) de actividad social (que incluye las luchas para adquirir y acumular). En suma, el valor y su representación son productos emergentes de la acción y los objetivos hacia los cuales se dirige esa acción (Turner 2008:51).

En las tres viñetas, los actores accionan, luchan, disputan y definen lo importante, no meramente en términos de adjetivar algo como tal, sino a partir de crearlo. Las misiones comerciales y el federalismo, las tareas y rutinas en el comedor, la profusión de proyectos, estas ‘cosas’ son importantes por las acciones en y a través de las cuales se crean como tales. De manera indisociable de los contextos que crean, su valor se produce al igual que el reconocimiento social de la importancia de esas acciones productivas. ‘Eso’ importante son dinámicas y totalidades sociales siempre específicas (la RC, el movimiento, la cooperativa, pero también la integración, el compromiso, el trabajo).

Un enfoque del valor que bucea en la complementariedad entre el *valor* marxiano y la *totalidad* maussiana, sugiere alternativas a la ‘teoría práctica’ donde las estructuras tienen poderes de agencia, ya que permite focalizar en la conciencia y voluntad de actuar de las personas. De este manera, las viñetas nos permiten regresar al problema de la racionalidad y a

los inconvenientes producto de que se haya ligado de una manera automática la acción social al paradigma del intercambio: es decir, el *intercambio* (sea bajo la forma mercantil o de don) como forma de dar inteligibilidad al fundamento (génesis) y dinámica de los vínculos políticos (qué circula, quién da qué, quién gana qué, quién pierde, quién empata, etc.). En suma, al posicionarnos desde la creatividad social como un enfoque relacional y no como una cosa, estamos proponiendo un desplazamiento de ese tipo, es decir, desde la circulación a la producción; e implícitamente, con él, desde la pregunta genética por las “motivaciones” a una pregunta más relacional por el *cómo*, por ese transcurrir que realiza aquello que luego la teleología de la política suele expresar como “condiciones” y “efectos” y que suele sopesar en términos de indicadores –generalmente cuantificados– de “éxitos” y “fracasos”.

La política del transcurrir: apuntes para una propuesta programática

Hemos iniciado estas páginas planteando como preocupaciones comunes: cómo desplegar una mirada analítica que pueda restituir el carácter *vivo* y *dinámico* de los procesos políticos que estudiamos; cómo dar cuenta de las formas siempre en producción de lo político; cómo dar cuenta de la conformación social de campos de posibilidades de acción y significado implicados en ellas. Desde esos interrogantes que rodean y hacen emerger supuesto sobre cómo estamos entendiendo la relación entre proceso(s) y dinámica(s), hemos especificado una cuestión puntual: la de cómo asir analíticamente el carácter a la vez direccionado e indeterminado, proyectado y emergente, errático y en que los procesos políticos –su dinámica– discurren.

En esa búsqueda propusimos un camino: la potencialidad de promover y desarrollar un tipo de curiosidad analítica específica, menos preocupada por capturar los *productos* de la acción, y más interesada en mapear etnográficamente lo que las personas (co)producen haciendo, o lo que proponemos denominar, provisoriamente, “la política del transcurrir” ¿Qué es esto? Todos aquellos espacios, tiempos, objetos, acciones y relaciones que se desenvuelven “a la par”, “por intermedio” y “mientras tanto” los *proyectos* políticos socialmente reconocidos y deliberadamente imaginados como tales se realizan o buscan realizarse. Sospechamos que acompañar etnográficamente las condiciones, efectos y posibilidades –socialmente esperados e inesperados, enunciados y no dichos, visibilizados e invisibilizados– del “hacer-se” y del “transcurrir” de la política, constituye una estrategia prolífica para restituir la dimensión creativa y emergente de los procesos políticos.

En este sentido, el camino propuesto guarda una hipótesis programática: la pregunta por las condiciones, implicancias y posibilidades creativas de los fenómenos políticos –esto

es, los modos en que comportan (produciendo, promoviendo, disolviendo, transformando) la creación de prácticas y disposiciones sociales, formas relacionales, objetos materiales e inmateriales, significados y arreglos institucionales— constituye una herramienta fértil para dar inteligibilidad a la dinámica de dichos fenómenos —esto es, sus modos de funcionamiento, movimiento y versatilidad— en tanto procesos, y en este sentido, promete un camino fructífero para sustanciar y consolidar, desde la antropología, un abordaje procesual de la política y el poder. Nos resta, para lo sigue, reflexionar sobre las dificultades de este camino, las prácticas analíticas que abre y las que limita u obstruye, y en qué medida la noción de proceso es también el pivote en torno del cual es posible echar a andar un proyecto de comparación no sólo disyuntiva sino, en cierto modo, disruptiva.

Bibliografía citada

- BARTH, F. 2000. “Metodologías comparativas na análise dos dados antropológicos”. En T. Lask (Org.), *O Guru, o Iniciador e Outras Variações Antropológicas*. Rio de Janeiro: Contra Capa.
- ELIAS, N. 1989. *El proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FAVRET-SAADA, J. 1990. “Être Affecté”. *Gradhiva: Revue d'Histoire et d'Archives de l'Anthropologie*, 8: 3-9
- FERNANDEZ ALVAREZ, MI (Ed.) (2015) *Hacer juntos(as)*. Dinamicas, relieves y contornos de la pollita colectiva. Ed. Biblos, Buenos Aires, en prensa
- GLUCKMAN, M. 1955a. *Custom and Conflict in Africa Glencoe*. The Free Press.
- _____. 1955b. *The Judicial Process among the Barotse of Northern Rhodesia*. Manchester: Manchester University Press & University of Zambia.
- GAZTAÑAGA, 2010. *El trabajo político y sus obras*. Buenos Aires: GIAPER – Antropofagia.
- _____. 2014 “El proceso como dilema teórico y metodológico en antropología y etnografía”. En *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, Vol 16, pp. 35-58.
- GOLDMAN, M. 2006 “Alteridade e experiencia: antropologia e teoria etnográfica”. *Etnográfica*, Vol. 10, N1:161-173.
- INGOLD, T. 2008a. “Anthropology is Not Ethnography. Radcliffe-Brown Lecture in Social Anthropology”. *Proceedings of the British Academy* 154: 69-92.
- _____. 2014. That’s enough about ethnography!. *Hau: Journal of Ethnographic Theory* 4 (1), pp. 383-395
- GRAEBER, D. 2001. *Toward an Anthropological Theory of Value: The False Coin of Our Own Dreams*. Nueva York: Palgrave.
- _____. 2005. “Fetishism as social creativity”. *Anthropological Theory* 5(4): 407-438.
- _____. 2012. *Revolutions in Reverse: Essays on Politics, Violence, Art, and Imagination*. London /New York: Minor Compositions.
- LAZAR, S. 2012: ‘Disjunctive comparison: Citizenship and Trade Unionism in Bolivia and Argentina’ *Journal of the Royal Anthropological Institute* 18.2.
- LEACH, E. 1976. *Sistemas políticos de la alta Birmania. Estudio de la estructura social kachín*. Barcelona: Anagrama.
- MENÉNDEZ, E. 2012. “Búsqueda y encuentro: modas, narrativas y algunos olvidos”. *Cuadernos de Antropología Social*, N° 35, pp. 29-53
- PEIRANO, M. 1995. *A Favor da Etnografia*. Río de Janeiro: Relume-Dumará.
- QUIRÓS, J. 2014 “Etnografiar mundos vívidos: desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología”. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, XII, N° 17: 47-65.
- STRATHERN, Marilyn. 2014. “Anthropological reasoning. Some threads of thought”. *Hau: Journal of Ethnographic Theory* 4 (3), pp. 23-37.
- TURNER, V. W. 1957. *Schism and Continuity in African Society; a Study of Ndembu Village Life*. Manchester: Manchester University Press for Rhodes-Livingston Institute.
- _____. 1968. “Mukanda: the Politics of a Non-Political Ritual”. En M. J. Swartz (Ed.), *Local Level Politics: Social and Cultural Perspectives*. Chicago: Aldine.
- TURNER, T. 2008 “Marxian value theory: An anthropological perspective”, *Anthropological Theory*, 8(1): 43-56
- WACQUANT, L. 2005. “Carnal Connections: On Embodiment, Apprenticeship, and Membership”. *Qualitative Sociology*, Vol. 28, N° 4: 445-474.